

LA HISTORIA OCULTA DEL REGIMEN MILITAR

4

Ascanio Cavallo
Manuel Salazar
Oscar Sepúlveda

La guerra



Las instrucciones eran precisas. Los mejores cuadros del aparato militar debían agruparse en los cordones industriales de Cerrillos, Vicuña Mackenna y Santa Rosa.

Se resistiría también en La Legua, en La Victoria, en la José María Caro, en Peñalolén y en El Salto.

Los frentes de apoyo se concentrarían en el Instituto Pedagógico y en algunos hospitales como el José Joaquín Aguirre y el San Juan de Dios.

Una destalizada citroneta cruzó despacio las calles céntricas intentando aproximarse a la sede principal del Partido Socialista en la calle San Martín, entre Moneda y Agustinas.

Los dos hombres que viajaban en ella temían que los militares se apoderaran de las listas de los compañeros del Regional Centro, que estaban en proceso de refichaje.

El cerco militar se estrechó sobre La Moneda.

La citroneta enfrió hacia el Pedagógico.

Allí llegaría la directiva de la FECh, encabezada por Alejandro Pipo Rojas.

Juntos decidirían si sumarse a la resistencia en los cordones industriales o atrincherarse en espera de los soldados leales.

Los carabineros rodearon el edificio del PS.

Los hombres que estaban en su interior se rindieron.

Surgió un incendio.

Los policías ingresaron a la oficina donde estaban los archivos que comenzaban a quemarse. Apagaron las llamas y sacaron la documentación a los buses.

No había bajas y los papeles parecían importantes.

Tres días después, el general Nicanor Díaz Estrada recibió en su escritorio del Ministerio de Defensa varias carpetas con algunos de los contactos que el PS tenía en las Fuerzas Armadas.

Blindados en el horizonte

Esa mañana del día 11 de septiembre de 1973, unas 200 personas, la mayoría estudiantes, se congregaron en la sala del centro de alumnos del Pedagógico.

El palacio presidencial había sido bombardeado. En algunas industrias y poblaciones roncaba el ruido de la metralla. Mil 500 kilómetros al norte, una columna de tanques marchaba sobre las oficinas salitreras.

Las universidades comenzaban a ser rodeadas. Hombres y mujeres caían en las calles. En los campos, bandas armadas iniciaban la cacería de los vencidos. Era la guerra.



Intercambiaron noticias y enviaron a un grupo para hacer contacto con el cordón Vicuña Mackenna.

En los dormitorios de los internos, mientras, se preparaban bombas molotov, se distribuían varas de coligüe, hondas, palos y fierros.

Las mujeres recibían y amontonaban gasas, alcohol, vendas, aspirinas, yodo.

En la chimenea ubicada en la sala del centro de alumnos fueron quemados los carnés partidarios.

Algunos se preguntaban cómo podrían identificar a los soldados leales.

—Los reconoceremos por el color de los pañuelos que llevan en el cuello—, dijo uno de los presentes.

En eso estaban cuando llegó la expedición al cordón Vicuña Mackenna.

No había nadie en el punto de encuentro y más allá no pasaron. Una gran balacera y el tableteo constante de las ametralladoras lo había impedido.

Eran pasadas las 12. La Moneda estaba en llamas. Las calles de acceso al Pedagógico comenzaban a ser copadas por un fuerte contingente militar.

Se evacuó el recinto.

Unos tratarían de llegar a los cordones para sumarse a la lucha. Otros se replegarían y pasarían a la clandestinidad.

A las siete de la mañana la comisión política del MIR se había reunido en San Miguel para decidir qué hacer.

En tanto, otros dos dirigentes, Nelson Gutiérrez y Andrés Pascal Allende, se dirigían presurosos a la embajada de Cuba, sacaban armas y empezaban a distribuirlas en una camioneta del Ministerio de la Vivienda en los cordones industriales.

Cerca de las 10, en una industria del sector metalúrgico, en el Cordón Vicuña Mackenna, se encontraron algunos de los hombres más buscados por los militares.

Los socialistas, encabezados por Carlos Altamirano; los miristas, por Miguel Enriquez, Bautista von Schouwen, Andrés Pascal y Nelson Gutiérrez. El Partido Comunista, a través de un mensajero, anunció que se oponía a la resistencia armada y que esperaría para ver si la Junta cerraba el Congreso.

En el patio de la industria un centenar de militantes aguardaba instrucciones.